Μὴ ἄτιμον τὸ φῶς
(No vale poco la luz)

Juan Araos Uzqueda
Universidad Católica Boliviana

1

El demiurgo de los sentidos hizo la vista y lo visible tan aptos para ver y ser visto que los puso juntos al yugo más noble de todos: el de la luz[1]. La luz (re)une las capacidades de ver y de ser visto, las pone en línea y aparea, media entre ellas de manera que les brinda una especie de suelo y horizonte básicos para toda percepción, comunes a los ojos sanos y a los colores. Si ese nobilísimo yugo faltara nada se vería. Cierto que si el aire faltara no se oiría nada pero el aire no es un medio semejante a la luz, porque voz, oído y aire forman un solo género de cosas, pero los colores y los ojos no forman el mismo género de cosas que la luz. La luz es de otro orden (γένους ἄλλου) que los colores y los ojos. Pertenece menos al universo de las cosas materiales que al mundo de las cosas humanas y divinas, o de la vida espiritual, que principia cuando los espacios mundanos se iluminan como por una luz venida de fuera. De modo que si bien la voz y el oído que la capta no funcionan sin aire, y los cuerpos sensibles, oscuros en sí mismos, no son vistos sin luz, el aire difiere de la luz en que ésta muestra una condición sustancialmente distinta y superior a la de los extremos sensibles que relaciona. El oído necesita el medio del aire para oír pero ese medio no es *de otro tipo* que el oído. Entre el oído y la voz no hay un tercer elemento acústico *distinto* a ellos, "sin cuyo concurso aquél no oirá ni ésta será oída"[2]. Tampoco lo que hay entre cada uno de los demás sentidos y sus objetos es de otro género que los extremos conectados en cada caso. Platón no niega, pues, que haya algo que media entre el oído y lo que suena, pero en el texto de la *República*, que leo, él advierte entre líneas que ese medio no es inmaterial como el de la luz y que la naturaleza de la luz es otra que la de los cuerpos vistos y la de los órganos del sentido correspondiente, a través de los cuales son vistos esos cuerpos, múltiples y diversos, porque la luz es inmaterial. No vendría, entonces, al caso, opinar en este contexto que "Platón desconoce el hecho de que el aire es un medio tan necesario

[1] *Rep.* VI, 507c, e, 508a. Las notas sin indicación literal de la fuente que siguen hasta la 52, se refieren a *República* VI.
[2] 507e.

para el oído como la luz para la vista"[3], o que si no lo desconoce "al menos no juzga preciso entrar en detalles técnicos en este lugar"[4], o que "no tiene en cuenta que se necesita el aire para la transmisión del sonido"[5]. Sí cabría, tal vez, observar que él creyó que los sonidos se transmitían por un medio aéreo, cerebral y sanguíneo, "a través de las orejas con la mediación del aire, el cerebro y la sangre, hasta el alma"[6], y que el cerebro y la sangre son incomparables con la luz, y que "el aire es difícilmente análogo a la luz"[7], algo nada extraño tampoco para los físicos modernos: "La luz, cuando proviene del sol o de las estrellas, llega a nuestros ojos después de haber atravesado inmensos espacios, en que hay ausencia de materia; la luz atraviesa, pues, el vacío sin dificultad y a diferencia, por ejemplo, del sonido, no está vinculada a un movimiento de la materia. La descripción del mundo físico no sería, pues, suficiente, si no se añadiera a la materia otra realidad independiente de ella: la luz"[8]. La luz que precede y sostiene unidos entre sí, a la vista y a los colores, como el día que surge precede y sostiene a los frutos de las horas del día, se podría decir. La preciosa factura del vínculo que une al sentido de la vista[9] y a la facultad de ser visible[10] es confirmada, entonces, según Platón, por el hecho de que ninguna percepción de los sentidos necesita de la luz como la vista y sus objetos la necesitan. Sin luz ni los ojos sanos ven ni los colores son visibles. La luz de que aquí se trata es la del sol. El rodeo "largo y complicado"[11] que permitirá que los guardianes de la ciudad ideal descubran al cabo, lo más perfectas que se pueda, con toda claridad[12], la justicia (δικαιοσύνη), la temperancia (σωφροσύνη), la valentía (ἀνδρεία) y la sabiduría (σοφία), de manera que estas virtudes reluzcan[13] más allá de la ruta que conduce a ellas por el atajo imperfecto de la tripartición del alma, cuenta siempre, desde su inicio, con esa luz, entre otras cosas por la muy obvia de que la formación verdadera de los guardianes aquellos incluye no sólo su morosa instrucción intelectual sino también los ejercicios físicos de rigor, la gimnasia cotidiana, formativa, pedagógica, de sus

---

[3] José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano, nota ad. loc (*La República*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1949, tomo II, p. 214).

[4] *Id.*

[5] Luis Farré, nota ad. loc (*República*, EUDEBA, 1977, p. 377).

[6] *Timeo*, 67b.

[7] Francis Cornford, nota ad. loc (*The Republic of Plato*, Oxford University Press, New York, London, 1966, p. 218).

[8] Luis de Broglie: *Materia y Luz*. Espasa Calpe, Argentina, 1945, p. 25. Traducción de Xavier Zubiri. Cf. Albert Einstein y Leopold Infeld: "El simple hecho de que podamos ver a través de un recipiente, contenga o no aire en su interior, muestra que la presencia del aire afecta muy poco la transmisión de la luz." (*La evolución de la física*. Salvat, Barcelona, 1986, p. 68).

[9] 507e: ἡ τοῦ ὁρᾶν αἴσθησις.

[10] 507e-508a: ἡ τοῦ ὁρᾶσθαι δύναμις.

[11] *Rep.*, IV, 435d: Τὴν μακροτέραν...περιιτέον. Cf. *Rep.*VI, 504b-d.

[12] 504b: ὡς μὲν δυνατὸν ἦν κάλλιστα αὐτὰ κατιδεῖν. Cf. *Rep.* IV, 435d; VI, 508a.

[13] καταφανῆ γίγνοιτο.

cuerpos expuestos a la luz[14], o no alcanzarán nunca la cima del conocimiento mayor al que aspiran y que les concierne sobre todo, esto es *la idea del bien*, ἡ τοῦ ἀγαθοῦ ἰδέα[15], "que toda alma busca y a causa de lo cual actúa, presintiendo que es algo, pero perpleja ante ello, sin poder captar suficientemente su naturaleza ni utilizar para eso un criterio tan firme como para las demás cosas, de modo que pierde también la ventaja que pudiera haber obtenido de éstas"[16], el μέγιστον μάθημα que perfeccionará el mero bosquejo corriente de esas virtudes, de manera que ellas puedan ser en verdad útiles y beneficiosas[17], y ofrecerá la máxima precisión posible respecto de todo el orbe de las cosas superiores. Sin ese conocimiento y posesión tener o conocer lo demás no serviría nada[18]. El curso vital mismo, y la exposición consiguiente, de la filosofía, cuentan también, desde su inicio, para Platón, con la luz solar como el pensamiento y sus cosas cuentan con la luz del bien, y se puede recurrir entonces a esa luz para simbolizar de un modo eminente a la luz del bien, la primerísima ἰδέα. De ahí que cuando en el libro que leemos Sócrates admite que él no puede opinar sobre qué sea el bien mismo sin exceder el alcance de las palabras del diálogo que se lleva, pues él y sus interlocutores comparten un conocimiento insuficiente del mismo (¿lo pensarán, por ejemplo, como ἡδονή o como φρόνησις?)[19], procede, sin omitir voluntariamente nada de lo que pueda decir en la ocasión[20], a referirse "al que parece hijo del bien y lo que más se le asemeja"[21], esto es al sol, que ilumina con su luz las muchas cosas vistas y los ojos que las ven, **como** el bien ilumina las ideas, las cosas pensadas invisibles cuya unidad esencial postulamos y nos sirve para poner nombres a cada cosa[22], y al pensamiento correlativo. No vale poco, pues, el lazo que une las potencias del sentido de la vista y del ser visto, sino que en cuanto las aparea entre sí, las pone al yugo más meritorio y estimable: la luz solar, que despeja un horizonte y proporciona un suelo básicos previos a las diversas perspectivas humanas. No es indigna la luz (μὴ ἄτιμον τὸ φῶς[23]) sino muy preciosa, dada también la filiación divina que tiene. Pues para el creyente convencido que es Platón el sol que produce la luz no es un montón de piedras incandescentes inanimadas, sino un dios del cielo, sin el cual no procederían los efectos que la luz causa, entre los que sobresalen la vista capaz de levantar los ojos al cielo y con ella el virtual inicio contemplativo de la filosofía[24]. Un dios en movimiento perpetuo como el de la luna de curso armonioso y el del alma, cuya luz

[14] Cf. 504d: οὐχ ἧττον μανθάνοντι πονητέον ἢ γυμναζομένῳ; 502d, 503c.
[15] 505a; VII, 517b, 534c.
[16] 505e.
[17] 505a: χρήσιμα και ὠφέλιμα.
[18] Véase 505a, b.
[19] 505a-d, 506b.
[20] 509c: ὅσα γ' ἐν τῷ παρόντι δυνατόν, ἐκὼν οὐκ ἀπολείψω.
[21] 506e: ὅς δὲ ἔκγονός τε τοῦ ἀγαθοῦ φαίνεται καὶ ὁμιότατος ἐκείνῳ. Cf. infra, n. 29.
[22] 507b, c.
[23] 508a.
[24] Cf. *Timeo* 47a-c.

diviniza la escena humana visible, y la conecta con la otra escena humana, la invisible, si una y otra escenas *se miran bien* y cuentan con el auxilio activo de la gimnasia, la música, las matemáticas, la astronomía geométrica y teológica, la dialéctica, etc. Un dios afín con ese viviente único, imagen sensible del dios inteligible, que es el universo o el cielo "muy grande, muy bueno, muy bello, muy perfecto", según el Platón del *Timeo*[25]. Ese dios encendido, que en *La República* parece ser un (*el*) vástago del bien, y asemejársele muchísimo, se debe quizás al bien como el mundo al demiurgo bueno del *Timeo*. El bien sería su padre como el mejor de los seres inteligibles eternos[26], difícil de conocer, e imposible de ser referido siempre a todos, es padre del mundo y la mejor de las causas[27]. Pero aunque no consideremos aquí la hipótesis de que el demiurgo ha engendrado el cuerpo y el alma invisible, del mundo, como el bien el sol y su luz visible, o la razón y la ciencia divinas la naturaleza[28], cabe observar que el símil de la *República*, que nos ocupa, enseña que la luz del sol nos pone en la pista del bien y nos inicia en la filosofía, porque sin esa luz diurna, cuyo responsable inmediato principal es el sol, nuestra vista no vería nada perfectamente, nada se volvería perfectamente visible, de modo que no obtendríamos nunca ni una sola idea *sobre las cosas que vemos*, ni una sola representación compartida suficiente del bien, sol del mundo inteligible. Porque al relacionar la vista y lo visible, esa luz muestra la fuente de donde emana: el sol, "hijo del bien, al cual el bien engendró análogo a sí mismo"[29], y podemos inferir entonces, a partir de ella, que lo que el sol es respecto a la vista y las cosas visibles, lo es el bien respecto a la inteligencia y las cosas inteligidas[30]. A partir, pues, de nuestra experiencia básica de la luz del sol, puede inferirse que así como los ojos sanos que se vuelven hacia lo que las sombras nocturnas recubren parecen debilitarse y ciegos, pero ven claro (σαφῶς) si observan lo que el sol ilumina, el alma que mira lo que en la penumbra deviene, parece (ἔοικεν) sin inteligencia y cambia todo el tiempo de opiniones, pero la que se fija en lo que la verdad y el ser iluminan[31], comprende, conoce y parece sensata[32]. Ni la vista ni los ojos son el sol, pero no hay órganos de los sentidos más semejantes al sol (ἡλιοειδέστατον) que los ojos, capaces de ver a causa de la luz emanada del sol que resulta por ello visible para la misma visión que causa[33]. Y análogamente a como por la luz solar advertimos que el sol la causa, por el concurso de la verdad (ἀλήθεια)

---

[25] 92c.

[26] *Timeo* 37a: τῶν νοητῶν ἀεί τε ὄντων [...] τοῦ ἀρίστου.

[27] Cf. *Timeo* 28a, 28c, 29a, 29c, 30a, 37c, 41a; *Político* 269a, 270a, 272e, 273b, 273d.

[28] Véase, por ejemplo, *Sofista* 265c, 266b.

[29] 508b, c: ὃν τἀγαθὸν ἐγέννησεν ἀνάλογον ἑαυτῷ. Cf. supra, n. 21.

[30] 508c: ὅτιπερ αὐτὸ ἐν τῷ νοητῷ τόπῳ πρός τε νοῦν καὶ τὰ νοούμενα, τοῦτο τοῦτον ἐν τῷ ὁρατῷ πρός τε ὄψιν καὶ τὰ ὁρώμενα.

[31] 508d: οὗ καταλάμπει ἀλήθειά τε καὶ τὸ ὄν.

[32] *id*: ἐνόησέν τε καὶ ἔγνω αὐτὸ καὶ νοῦν ἔχειν φαίνεται.

[33] 508b: αἴτιος δ' ὢν αὐτῆς ὁρᾶται ὑπ' αὐτῆς ταύτης.

de las cosas conocidas, y del conocimiento (ἐπιστήμη, γνώσις) correspondiente[34], vemos que el bien es causa de una y otro, de manera que al intentar conocer entonces la idea del bien notamos que ella es distinta a, y aun más hermosa que, el conocimiento y la verdad, y que así como en el símil o analogía de Platón que presento luz y vista se asemejan al sol, le son afines (ἡλιοειδῆς), pero no son el sol, la luminosa verdad de los seres y el conocimiento correlativo se asemejan al bien, le son afines (ἀγαθοειδῆ), pero no son el bien, cuya condición es más estimable que las de ambos, porque es anterior a, y causa de, ambos, como el artífice respecto a su obra. Tenemos, pues, que en la imagen que observamos la luz solar nos remite al sol y éste al bien, del cual es imagen (εἰκών): así como el sol no sólo procura visibilidad a las cosas visibles, sino también las produce, nutre e incrementa[35] (sin identificarse con ellas), el bien no sólo hace cognoscibles a los objetos de conocimiento sino también les procura ser, en cada caso, algo en realidad[36], sin identificarse con ninguno de ellos en particular, porque es algo distinto, más respetable y poderoso, que cualquier cosa particular[37]. Por otra parte, aunque la vista y el ser visto cuentan con la luz del sol como el pensar y sus cosas cuentan con la del bien, ésta es más alta, nutritiva y poderosa, que la del sol, y más esclarecedora que la del sol, quizás (diría yo), entre otras cosas, porque la del sol, bien del mundo visible, se renueva cada día[38], pero la del bien mismo, causa final y eficaz del mundo, no desaparece ni se pone nunca, como "lo que no se pone nunca" de que hablaba Heráclito[39].

2

El símil de la línea y el mito de la caverna prolongan y completan, más adelante en la *República*[40], como sabemos, la exigida opinión de Sócrates sobre el bien[41], continúan la comparación o analogía que se ha visto entre el sol y el bien, entre lo visible y lo inteligible. La representación de la línea que se divide en dos segmentos desiguales que se dividen, a su vez, "según el mismo logos"[42], en otros dos, de más o menos claridad, y

---

[34] Cf. 508e, 509a.
[35] Cf. 509b.
[36] 509b: τὸ εἶναί τε καὶ τὴν οὐσίαν ὑπ' ἐκείνου αὐτοῖς προσεῖναι.
[37] *Id*: οὐκ οὐσίας ὄντος τοῦ αγαθοῦ, ἀλλ' ἔτι ἐπέκεινα τῆς οὐσίας πρεσβείᾳ καὶ δυνάμει ὑπερέχοντος.
[38] Cf. Heráclito, B 6: "El sol es nuevo cada día".
[39] B 16: Τὸ μὴ δῦνόν ποτε πῶς ἄν τις λάθοι; : "¿Cómo podría uno quedar oculto de lo que no se pone nunca?", o "¿Cómo uno podría ocultar lo que no se pone nunca?". Véase: "Tres textos griegos sobre la verdad y el ser comentados por Heidegger", en *Letras de Deusto*. Universidad de Deusto, Bilbao, Nº 79, Vol. 28, Abril-Junio 1998, pp. 227-244.
[40] VI, 509d-511e, VII, 514a-518b.
[41] 509c: ἀναγκάζων τὰ ἐμοὶ δοκοῦντα περὶ αὐτοῦ λέγειν.
[42] 509d: ἀνα τὸν αὐτὸν λόγον.

el relato de aquel mito famoso, intercambiables entre sí porque ambos dicen (casi) lo mismo, de distintas maneras, iluminan, entonces, a su vez, el recurso platónico de la luz, lo sitúan en los límites de lo posible dentro del diálogo que se lleva, aunque Sócrates sabe desde un principio que al final de todo lo que él diga le quedará siempre algo con sentido que añadir a ese diálogo[43]. Si, en efecto, no se cuenta con una experiencia suficiente de la luz del sol, no se puede mencionar siquiera el género de las cosas visibles, ni su espacio u horizonte de visibilidad, ni al "rey" de la región correspondiente, ni nada en realidad de lo que ofrecen los demás segmentos de la línea, cuyos elementos se ordenan, por lo demás, según sabemos, en razón de su mayor o menor claridad y oscuridad[44]. ¿Cómo relacionar, por ejemplo, las imágenes (εἰκόνες) de la primera sección, con los animales, plantas, productos artísticos, etc., de la segunda, que ellas representan[45]; o cómo verse obligado a usar los elementos de la segunda sección, que antes se dijo que eran imitados, como de imágenes (ὡς εἰκόσιν) para construir y representarse las figuras geométricas e hipótesis[46], de la tercera, y proceder desde ellas, no hacia el principio (ἐπ' ἀρχὴν), sino hacia la conclusión (ἐπὶ τελευτήν), sin hacer, sin haber hecho, la experiencia de esa luz? Las proporciones que el símil establece, o reconoce, como la que hay entre lo opinable (τὸ δοξαστόν) y lo cognoscible (τὸ γνωστόν), ¿no descansan desde un principio en la relación, *visiblemente iluminada originalmente por la luz del sol*, entre copia y original sensible? Pues por analogía con el cotejo entre copia y original sensible cabe considerar que en relación al grado de realidad verdadera correlativa que hay entre los ámbitos de lo opinable y de lo cognoscible, el objeto de la opinión es al objeto de conocimiento como la copia o imagen aquélla es a su modelo; y el mismo concepto de un ejercicio dialéctico poderoso que peldaño a peldaño haga su itinerario (μέθοδος) sin recurrir a imágenes como ésas sino a las ideas mismas, mediante las ideas mismas[47], y se impulse, llegado el caso, mediante el puro λόγος, desde unas simples hipótesis hasta el principio no hipotético de todo[48], y discurra a partir de este principio sin usar nada sensible, sino sólo mediante ideas en sí, de manera que comience, siga su curso, y termine, en ellas[49], es impensable si no se ha hecho antes la experiencia de aquel cotejo, si no se ha tomado nota de aquella básica relación iluminada. Imposible transitar la pista del ser y lo inteligible claros a que aspira la ciencia dialéctica, más allá (¿o más acá?) de las artes inteligentes (pero no tanto) de

[43] 509c: ᾽Αλλὰ μήν, εἶπον, συχνά γε ἀπολείπω.
[44] 509d: σοι ἔσται σαφηνείᾳ καὶ ἀσαφείᾳ πρὸς ἄλληλα.
[45] 510a: ᾧ τοῦτο ἔοικεν.
[46] Véase 510b-511a.
[47] 510b: αὐτοῖς εἴδεσι δι' αὐτῶν.
[48] 510b: ἐπ' ἀρχὴν ἀνυπόθετον. Cf.511b: μέχρι τοῦ ἀνυποθέτου ἐπὶ τὴν τοῦ παντὸς ἀρχὴν ἰών; VII, 533c.
[49] 511c: (προσχρώμενος) εἴδεσιν αὐτοῖς δι' αὐτῶν εἰς αὐτά.

los geómetras y de otros por el estilo, cuyas deducciones proceden entre (μεταξύ) la δόξα y el νοῦς[50], si se ignora esa relación sensible imaginativa *sin la cual no* se inicia, platónicamente, la vida intelectual, *no* principian a surgir, una por una, tramo a tramo, diversas pasiones humanas en el alma (παθήματα ἐν τῇ ψυχῇ): εἰκασία, πίστις, διάνοια, νόησις[51], de claridad *proporcional* o *análoga*, a la verdad de sus objetos[52].

3

Los símiles del sol y de la línea son perfeccionados más adelante, imaginativa, sensiblemente, por Platón, como decía, con el mito de la caverna[53], en el que la formación gradual de nuestra naturaleza (φύσις) en la realidad verdadera procede sobre planos de pensamiento y de ser cada vez más iluminados. Si no fuese así las imágenes simbólicas[54] del mito y la experiencia (πάθος) que él relata desaparecerían. La luz del fuego interior, que simboliza el poder del sol nuestro de cada día[55], resulta una imagen decisiva en este sentido. Esa luz, causada, esto es encendida, en último término, por el bien[56], de manera que a pesar de su precariedad relativa "pertenece menos al universo de las cosas materiales que al mundo de las cosas humanas y divinas, o de la vida espiritual, que principia cuando los espacios mundanos se iluminan como por una luz venida de fuera"[57], permite que los cautivos vean delante suyo las sombras móviles de los objetos transportados a sus espaldas, y que los que se libren de sus cadenas tomen el "camino escarpado", y adapten paso a paso la visión de sus ojos, hacia, y desde, los diversos espectáculos de la luz eminente. Sin la luz de aquella fogata encendida en lo alto[58] los cautivos, que según la "extraña imagen"[59] del mito que narra Platón son iguales a como somos nosotros corrientemente[60], no verían nunca nada, ni una sola sombra de objeto se proyectaría, y las cosas expuestas a las opiniones y el orden íntegro de lo verosímil, desaparecerían, en beneficio de una noche inmensa y yerta, donde nadie hablaría de imágenes ni de originales ni de nada.

---

[50] Véase 511b-d.

[51] Véase 511d-e. Cf. Aristóteles: *Sobre la interpretación*, 1; *Acerca del alma*, 1, 1.

[52] 511e: καὶ τάχον αὐτὰ ἀναλόγον, ὥσπερ ἐφ' οἷς ἐστιν ἀληθείας μετέχειν, οὕτω ταῦτα σαφηνείας ἡγησάμενος μετέχειν.

[53] *Rep.* VII, 517ab: ταύτην τοίνυν [...] τὴν εἰκόνα, ὦ φίλε Γλαύκων, προσαπτέον ἅπασαν τοῖς ἔμπροσθεν λεγομένοις. Las notas sin mención de su fuente literal que siguen, corresponden a *República* VII.

[54] Véase 514a: ἀπείκασον. Ἀπεικάζω, άσω: representar, expresar mediante una comparación.

[55] 517b: τὸ δὲ τοῦ πύρος ἐν αὐτῇ φῶς τῇ τοῦ ἡλίου δυνάμει.

[56] Cf. 517b-c; VI, 508b-c.

[57] Supra, p. 1.

[58] 514b: φῶς δὲ αὐτοῖς πυρὸς ἄνωθεν καὶ πόρρωθεν καόμενον ὄπισθεν αὐτῶν.

[59] 515a: Ἄτοπον, ἔφη, λέγεις εἰκόνα καὶ δεσμώτας ἀτόπους.

[60] *Id*: Ὁμοίους ἡμῖν.

Vale, pues, ponderar, la luz de aquel fuego admirable con la cual la escena dentro de la caverna gana tiempo, espacio y altura. Vale aunque su brillo enceguezca los ojos si las miradas no se le adecuan. Μὴ ἄτιμον τὸ φῶς. Además se trata de una luz que yo entreveo no sólo comparable[61] con la muy esplendorosa del exterior, de la cual, en último término, depende[62], y a la cual simboliza, sino también (**¿por qué no?**) capaz de *componerse* con ésta, dentro de la caverna, de un modo y a una escala, que el texto de Platón no considera o deja (felizmente) indeterminados. Sabemos, en efecto, que donde el interior y el exterior de la caverna se topan no hay puertas como las que separan la noche y el día en el poema de Parménides[63]. Como esa entrada está "abierta a la luz"[64] nada obstruye ahí el paso de la luz que entra, ni de la luz que sale. Podemos, en consecuencia, suponer que *ambos* tipos de luces se combinan entre sí, (*al menos*) un trecho dentro de la caverna, y que las líneas de fuerza de sus campos entreverados[65] ofrecen un horizonte formativo, existencial, insoslayable, del fenómeno humano. Cierto que Platón no escribe que la luz del día exterior se adentra en el subterráneo de nuestro cuadro, ni nos dice en consecuencia cuánto y cómo lo hace, sin alcanzar a iluminar por sí misma su lejano fondo. Incluso parece sugerir que ella no se adentra nada en él, como cuando una y otra vez marca las tintas que contraponen las (humanas) tinieblas del interior y la (divina) luz externa[66], pero imaginemos de nuevo esa cueva con la entrada-salida que se abre sin reticencias a la luz, y el pasaje hondo que desciende a lo largo de toda ella[67]. La salida que se abre a la luz del sol que arriba está es la entrada que se ahonda hasta la pared frente a la cual permanecen, medio en tinieblas en verdad, los prisioneros encadenados. Como el de Heráclito, el camino de subida es aquí el mismo que el de bajada[68]. Imaginemos que la luz diurna de fuera va disminuyendo en el interior hasta el punto de que la escena y la historia subterráneas que se describen y narran demandan la de la fogata encendida que las ilumine (y entibie de lejos algo siquiera las espaldas de los cautivos). Algunos rayos ascendentes y otros descendentes, de ambos focos luminosos, se entrecruzarán entonces, todo el rato, dentro de la caverna, tal vez como lo hacen entre nosotros lo terrestre y lo celeste, o como en el orden de lo verosímil del poema de Parménides el temperamento propio de nuestros miembros errantes se mezcla con el espíritu que sobreviene ("[p]orque la sustancia natural de los miembros es en todos y cada uno de los hombres lo mismo que piensa"[69]) y la luz

---

[61] 517b: [ἀφομοιοῦν] τὸ δὲ τοῦ πυρὸς ἐν αὐτῇ φῶς τῇ τοῦ ἡλίου δυνάμει.

[62] Cf. 516b-c, *Teeteto*, 153c-d.

[63] B1, 11.

[64] 514a: ἀναπεπταμένην πρὸς τὸ φῶς τὴν εἴσοδον ἐχούσῃ.

[65] Cf. A. Einstein y L. Infeld, *ob. cit.* p. 183: "La teoría de la relatividad se origina en los problemas del campo. Las contradicciones e inconsistencias de las teorías clásicas nos obligan a adjudicar nuevas propiedades al continuo espacio-tiempo, al escenario de todos los acontecimientos de nuestro mundo físico".

[66] En 515e, 516a, 516e, 517a, d, e, 518a, b, c, 520c, por ejemplo.

[67] 514a: μακρὰν παρ' ἅπαν τὸ σπήλαιον.

[68] Heráclito, B60.

[69] B16, 2-4.

del "fuego etéreo de la llama"[70] se integra, circularmente, con la noche oscura[71], y "todo queda lleno a la vez de luz y de noche invisible"[72], expuesto a los nombres que ponen los mortales[73]. Tal vez como lo visible y lo inteligible, lo eterno y lo temporal, concurren al alma humana, "mediadora entre los dos mundos, ya que a ambos pertenece"[74], espiritual e incorpórea y partícipe "también de lo que nace y muere"[75]. Por lo demás si el puente sin barreras que a la entrada de la caverna tiende la luz se prolongara hacia el interior de la misma en algo así como un camino sólo solar o bondadoso extendido hasta el fondo, desaparecerían, al instante, los cautivos, sus cadenas, las sombras, el tabique a lo largo del cual los transportistas se desplazan, éstos mismos, con los objetos que transportan sobre sus hombros, y la fogata que los ilumina, es decir la (humana) caverna entera, pues se sabe que lo visible desaparece no sólo cuando la luz falta del todo sino también cuando se hace insoportable porque abunda demasiado: "Con luz fortísima puede disolverse el mundo. Ante los ojos débiles se hace firme, ante los aun más débiles se convierte en puños, ante los aun más débiles se hace vergonzoso y destruye a aquel que se atreve a mirarlo"[76].

"La figura de la caverna es clara. Queda únicamente impreciso y oscuro lo referente a su entrada", anota Luis Farré, a la traducción de Antonio Camarero[77], y según José Manuel Pabón y Manuel Fernandez Galiano, en esta escena que atendemos "[q]ueda un punto algo oscuro: "la larga entrada, abierta a la luz..."[78]. Pero a mí me parece claro que aquella entrada incierta es una salida iluminada, no sólo por la fortísima luz de afuera, sino también por la noble (μὴ ἄτιμον) luz del interior, y que ello enseña, entre otras cosas, que una y otra regiones del relato de Platón no están, en definitiva, separadas por "el abismo insondable entre el devenir y el ser"[79], sino unidas por un puente de luz, no siempre transitable, ni visible, tendido entre aquellos extremos. Un puente de luz cuyo muy digno tramo interior se sitúa, como el alma que vive sus experiencias, "en un lugar intermedio entre el ser unitario, inmutable, y la variedad oscilante de lo corporal"[80]; aunque ignoremos la topología correspondiente a la juntura de ambas regiones, o no la tengamos a la mano, lo cual, desde luego, puede ser. Esto sería congruente con la hipótesis de que

---

[70] B8, 56.
[71] B12, 1-2.
[72] B9, 3.
[73] B8, 53-54; 9,1; 19.
[74] Erwin Rhode: *Psique. La idea del alma y la inmortalidad entre los griegos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1948, p. 243.
[75] *Id.*
[76] Franz Kafka: *Carta a mi padre y otros escritos*. Emecé, Buenos Aires, 1955, p. 71.
[77] Ed. cit., p. 419.
[78] *Ob. cit.*, tomo III, p. 1.
[79] Erwin Rhode: *ob. cit.*, p. 247.
[80] Erwin Rhode: *Id.*

los objetos sólidos fabricados, cuyas sombras ven los cautivos, y los transportistas invisibles que los llevan sobre sus hombros por detrás del muro, a espaldas de los presos, simbolizan, *dentro de la caverna*, respectivamente, dos instancias inteligibles que ya el símil de la línea enseñaba: "las construcciones ficticias mediante las cuales la inteligencia trata de representar la realidad verdadera y de racionalizar la realidad ilusoria"[81], y "las Ideas o las formas"[82] que son sus verdaderas causas, aunque ambas pasen inadvertidas incluso para los prisioneros que, libres de sus cadenas, ascienden hacia la salida de la prisión después de superar el muro[83]. Y sería congruente también con el hecho de que volvamos "siempre a sentir que hay una cosa *real* [sobre la que se puede *opinar*] entre la realidad verdadera de la Idea o lógica de la matemática y la realidad imitativa de la cosa de experiencia, o doblemente imitativa de la copia; *una cosa que no es ni inteligible, ni sensible, ni modelo, ni imitación*"[84]. Se sabe, por lo demás, que la filosofía de Platón puede verse como un intento de superar el dilema que plantea decir "si hay dos esferas opuestas la una a la otra, es imposible afirmar que existe una de las dos, sin negar la otra al instante"[85]. Su filosofía íntegra enseña por lo demás cómo iba pensando él ese dilema.

Sea que uno salga o entre, de la caverna, contará, entonces, con la digna luz habitual que ahí adentro arde y resplandece, y aunque no haya logrado acostumbrarse aún a "ver las cosas de arriba"[86], ni haya llegado a contemplar la naturaleza de la luz plena y absoluta del sol, "no sus imágenes reflejadas en las aguas ni en otro medio ajeno a él sino el sol en su propio dominio y tal cual es en sí mismo"[87], podrá contar también, mediata pero verazmente, siempre, a través de esa luz física y simbólica de la fogata interior que ilumina las cosas reveladas mediante la vista, con la luz espiritual de afuera, y depurar en consecuencia cada vez más sus opiniones y el penoso y tal vez algo risible ascenso que sabemos[88]. Sin esa luz del fuego interior detrás suyo, los prisioneros no verían ni las sombras de sí mismos ni las de los objetos transportados a sus espaldas. Sin la misma fogata encendida delante suyo, "arriba y lejos"[89], el sujeto ya libre de las cadenas de su ignorancia más aflictiva e inmovilizadora, que le impedían ver algo más que las sombras

---

[81] Léon Robin: *Les rapports de l'etre et de la connaissance d'après Platon*. Presses Universitaires de France, Paris, 1957, p. 27. Creo que productos artísticos no geométricos ni aritméticos (v.gr. el lecho del carpintero del libro X de la *República*) podrían integrarse también al elenco de estas "construcciones ficticias" (ese lecho, *copiado* del que piensa Dios, puede ser *imitado* por un pintor).

[82] *Id.* Robin desarrolla la misma idea en *Platón*, Librairie Félix Alcan, Paris, 1935, pp. 114-115.

[83] ¿Lo han saltado?, ¿le han dado la vuelta?, pregunta Robin (*Les rapports*...p. 27).

[84] Léon Robin: *Les rapports*..., p. 33. Itálicas del autor; paréntesis mío.

[85] *Ibid*, pp. 40-41.

[86] 516a: τὰ ἄνω ὄψεσθαι.

[87] 516b.

[88] Véase 518a-b.

[89] Véase supra, n. 58.

(σκιαί) proyectadas sobre la pared del fondo de la caverna, no se vería obligado a girar la cabeza, a volverse[90] y a levantar los ojos hacia la luz[91], ni daría un solo paso, *dentro de la caverna*, hacia "cosas más reales"[92], iluminadas por ella, aunque al principio no las vea. Pues según el relato de Platón que leemos, nadie comienza la experiencia de su formación humana propia, ni puede desarrollarla en beneficio de aquella subida psicológica gradual en la escala del ser, que "llamamos filosofía verdadera"[93], ni nada real y verdadero se da, se descubre y (a)parece, sobre la tierra que habitamos, sin esa luz. Μὴ ἄτιμον τὸ φῶς.

Cochabamba,
agosto del 2000

[90] 515b: περιάγειν τὸν αὐχένα. Cf. 514a, b: κύκλῳ δὲ τὰς κεφαλὰς ὑπὸ τοῦ δεσμοῦ ἀδυνάτους περιάγειν.
[91] 515c: πρὸς τὸ φῶς ἀναβλέπειν.
[92] 515d: πρὸς μᾶλλον ὄντα.
[93] 521c: ψυχῆς περιαγωγὴ ἐκ νυκτερινῆς τινος ἡμέρας εἰς ἀληθινήν, τοῦ ὄντος οὖσαν ἐπάνοδον, ἣν δὴ φιλοσοφίαν ἀληθῆ φήσομεν εἶναι.